

La Asociación Cubana del Congreso por la Libertad de la Cultura

Por JORGE DOMINGO CUADRIELLO

El fin de la Segunda Guerra Mundial en 1945 y el triunfo de las fuerzas aliadas, que integraron la Unión Soviética, Estados Unidos y Gran Bretaña, lamentablemente no constituyeron el inicio de un período de entendimiento y cooperación entre los países que habían combatido en la misma trinchera. La Unión Soviética y los países de la Europa del Este que decidieron establecer un sistema comunista formaron un bloque, y los países capitalistas desarrollados, encabezados por Estados Unidos, integraron otro, hostil al anterior. Estos dos campos muy pronto entraron en una fase de enfrentamiento ideológico y cada uno de ellos trazó una estrategia para desarrollar su campaña política y socavar los cimientos de su oponente. De ese modo se inició la Guerra Fría, que se manifestó de muy diversas maneras: creación de potentes emisoras de radio dirigidas a los oyentes del otro bando, realización de congresos y eventos internacionales, desarrollo de costosas campañas publicitarias e impresión de libros, folletos y diarios, entre otras iniciativas. El bloque comunista dio vida, por ejemplo, a los Festivales Mundiales de la Juventud y los Estudiantes. Sus contrarios idearon otros proyectos, como el Congreso por la Libertad de la Cultura.

Esta organización de carácter mundial quedó constituida en junio de 1950 en Berlín Occidental, territorio de la entonces dividida Alemania que llevaba a cabo un proyecto de desarrollo capitalista. En su fundación tomaron parte figuras sobresalientes de la intelectualidad, como el matemático y escritor inglés Bertrand Russell, Premio Nobel de Literatura en 1950, el esteta e historiador italiano Benedecto Croce, el filósofo y psiquiatra alemán Karl Jaspers, el pensador francés Jacques Maritain, el bibliógrafo norteamericano John Dewey y el narrador y ensayista español Salvador de Madariaga.

La Presidencia Ejecutiva la ocupó el francés Denis de Rougemont y el cargo de Secretario General el novelista ruso exiliado Nicolás Nabokov.

De acuerdo con sus bases y con la pregunta que a sí misma se formulaba, “¿Qué es y qué quiere el Congreso por la Libertad de la Cultura?”, respondía con las siguientes afirmaciones, que salían impresas en el reverso de la portada de su órgano oficial y que aquí reproducimos de modo fragmentado: “El Congreso por la Libertad de la Cultura es una asociación internacional de escritores, profesores, sabios y artistas. No depende de ningún gobierno, ni de ningún grupo político, y se propone por único objetivo defender la libertad del espíritu creador y crítico contra todo atentado.”; “Consideramos como una verdad evidente que la libertad de opinión es uno de los derechos inalienables del hombre.”; “La libertad de opinión es ante todo la libertad para cada uno de formarse una opinión y de expresarla, incluso y sobre todo cuando esta opinión no está de acuerdo con la de los gobernantes. El hombre que no tiene derecho a decir no, es un esclavo.”; “Ninguna doctrina política o económica puede tener la pretensión de determinar exclusivamente el sentido de la libertad. Las doctrinas y las ideologías se juzgan por el grado de libertad que otorgan realmente al individuo. Asimismo ninguna raza, ninguna nación, ninguna clase, ninguna religión puede otorgarse el derecho exclusivo de representar la libertad, y menos aún de negársela a otros grupos o a otras creencias en nombre de un fin último, cualquiera que este sea.”; “...consideramos que la teoría y práctica de los Estados totalitarios constituyen la mayor amenaza de cuantas la humanidad ha tenido que afrontar en el curso de su historia.”

Estas bases de corte liberal, la ideología muy distante del marxismo que

todos los integrantes de esta organización sustentaban y la activa campaña anticomunista que algunos de ellos llevaban a cabo hizo sospechar que el Congreso por la Libertad de la Cultura estaba financiado por el Departamento de Estado de Estados Unidos y respondía a la política de beligerancia ideológica trazada por este país. De inmediato esta entidad fue rechazada totalmente tanto por la Unión Soviética y los países de la Europa del Este como por los intelectuales comunistas o de la izquierda revolucionaria. No eran infundadas sus sospechas de que quien movía los hilos de dicha organización era el gobierno norteamericano. El notable poder económico de que dispuso desde el inicio, la celebración de costosos congresos internacionales en Milán y en México, entre otros países, la publicación en largas tiradas de un órgano oficial, la revista *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, el generoso pago a los colaboradores de la misma y los numerosos viajes al extranjero en labor proselitista que realizaban los principales dirigentes de esa entidad pusieron en clara evidencia dichas suposiciones. Años después, en 1966, serias investigaciones demostraron que la CIA, oculta tras la Fundación Ford, financiaba el funcionamiento del Congreso por la Libertad de la Cultura. En fecha más reciente la investigadora Frances Stonor Saunders en su libro *Who Paid the Piper? The CIA and the Cultural Cold War* (Londres, 1999) aportó mayores pruebas aún acerca de aquella decisiva ayuda encubierta. Y la profesora de la Universidad de Leeds, Inglaterra, Patricia McDermott, en una ponencia presentada en noviembre de 2003 en un congreso celebrado en la Universitat Autònoma de Barcelona y recogida en el volumen *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939* (Sevilla, 2006), anotó con agudeza la doble manipulación que en

muchos casos se ocultó entonces tras las actividades de la CIA y del Congreso por la Libertad de la Cultura: unos interesados en utilizar a los intelectuales en la lucha anticomunista y éstos, a su vez, interesados en utilizar a esa organización en función de sus políticas nacionales.

Sin embargo, en los primeros años de la década del 50 del pasado siglo aquella institución cultural avalada por el respaldo de personalidades tan relevantes y que invocaba como uno de sus principios esenciales la libertad de la cultura, tan cara en especial para los escritores de Iberoamérica, víctimas muchas veces de sangrientas dictaduras, y del exilio republicano español, despertó las simpatías de numerosos intelectuales. Sus colaboraciones en la revista *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* así lo demostraron. Esta revista bimestral, más conocida como *Cuadernos*, comenzó a publicarse en 1953, disfrutó de una buena factura y ofreció textos de innegable calidad, en algunos casos de carácter político y en su mayor parte de cariz reflexivo o literario. En la relación de sus numerosos colaboradores sobresalen, en el plano de la cultura europea, Thomas Mann, Aldous Huxley, Albert Camus y Jean Cassou; pertenecientes al exilio español, Juan Ramón Jiménez, María Zambrano, Jorge Guillén, Alejandro Casona y Francisco Ayala, y de Hispanoamérica los escritores Jorge

Luis Borges, Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Ernesto Sábato, Octavio Paz y Jorge Icaza. No fue muy elevada la cantidad de escritores cubanos que colaboraron en este órgano. Sin embargo, podemos citar los nombres de Jorge Mañach, Eugenio Florit, Raúl Roa, Enrique Serpa, Loló de la Torre, Salvador Bueno y Anita Arroyo.

Ya fuese a través de editoriales, de noticias o de las colaboraciones que acogía en sus páginas, esta publicación manifestó su rechazo a la dictadura de Franco, puso al descubierto sus principios anticomunistas, condenó el hostigamiento a los intelectuales que ocurría en la China de Mao Tse Tung, censuró la persecución religiosa en la Unión Soviética y combatió al régimen personalista del Presidente de Argentina Juan Domingo Perón. De modo insistente participó en la campaña en contra de la invasión a Hungría por las tropas del Pacto de Varsovia en 1956. En cambio, de forma muy tenue, criticó la discriminación racial en Estados Unidos.

Al margen de sus posiciones políticas, vieron la luz en *Cuadernos* textos de elevada calidad literaria, ensayos valiosos y estudios mercederos de reconocimiento. Fue en esencia una revista de pensamiento que ocasionalmente le reservó un espacio a la literatura de creación. Aún hoy resultan muy aprovechables no pocos de los trabajos que divulgó. Cuando ya contaba con varias salidas y había comenzado a incidir en

el panorama cultural hispanoamericano, creó un Consejo de Honor, integrado entre otros por Rómulo Gallegos, Germán Arciniegas y Jorge Mañach. Este hombre público y de letras, de sólido prestigio intelectual, fue la personalidad elegida por el Congreso por la Libertad de la Cultura para ser su principal interlocutor en nuestro país y para constituir la filial cubana de dicha organización. El germen de la misma estuvo en un comité gestor que integraron, además de Mañach, el jurista y orador José Manuel Cortina, el poeta y periodista Gastón Baquero, el profesor universitario César Salaya y el escritor y político Pastor del Río, entre otros.

La Asociación Cubana del Congreso fue finalmente fundada en los primeros días del mes de agosto de 1955, no sin que antes le ofrecieran un impulso decisivo dos intelectuales extranjeros pertenecientes a la cúpula del Congreso que habían arribado a La Habana semanas antes: el valenciano Julián Gorkin y el peruano Luis Alberto Sánchez. El primero durante la Guerra Civil Española había sido dirigente del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), muy cercano a los postulados de Trotsky, y tras su salida al exilio empezó a librar una intensa campaña contra el movimiento comunista. El segundo pertenecía a la cúpula del APRA y había sido Rector de la Universidad de San Marcos, de Lima.

La mesa directiva quedó conformada del siguiente modo: José Manuel Cortina, Presidente; Jorge Mañach, Primer Vice-Presidente; Pastor del Río, Segundo Vice-Presidente; el colaborador del diario *El Mundo* Mario Llerena, Secretario Permanente y el pensador Pedro Vicente Aja, Secretario de Relaciones Culturales. En el cargo de Vocal encontramos un grupo formado, entre otros, por el historiador Leví Marrero, la escritora Anita Arroyo, los ensayistas literarios Raimundo Lazo y Salvador Bueno, el dramaturgo Luis A. Baralt, el profesor Calixto Masó, el crítico de teatro Francisco Ichaso, el historiador Juan Jerez Villarreal, el reverendo episcopal Dionisio de Lara Mínguez, la profesora Rosario Rexach, la dirigente del Lyceum y Lawn Tennis Club Elena Mederos y el periodista de *El Mundo* Ernesto Ardura. Su sede radicó en Prado 251 y su primer acto oficial consistió



Exposición Arche en el Lyceum

Grupo de concurrentes a la exposición que, como homenaje al pintor Jorge Arche, se halla abierta en los salones del Lyceum bajo los auspicios de la Asociación Cubana por la Libertad de la Cultura.

ra. De izquierda a derecha, Luis Baralt, Salvador Massip, colaborador de INFORMACION; Raúl Roa, Rosario Novoa, Mariano Rodríguez, Ana María Bannatyne, José Manuel Cortina, Roberto Arche y Rosario Rexach. (Foto Otero).

en un banquete-homenaje a Luis Alberto Sánchez, que se celebró el 18 de agosto de 1955.

Por aquellos días esta institución internacional realizó en la ciudad italiana de Milán el encuentro titulado “El porvenir de la libertad”, al cual asistió como ponente Mañach. Meses después convocó a la celebración de otro evento, esta vez en Ciudad México, bajo el nombre de “La libertad de la cultura en el Hemisferio Occidental”, con lo cual puede apreciarse cómo esta entidad en sus pronunciamientos insistía en el tema de la libertad para utilizarlo contra los regímenes represivos. A este último congreso, efectuado en septiembre de 1956, asistieron en representación de la filial cubana el profesor universitario, ensayista y ex-Director de Cultura del Ministerio de Educación Raúl Roa García, Mario Llerena y Pedro Vicente Aja. En la reunión coincidieron con los invitados de honor, el mexicano Alfonso Reyes, el venezolano Rómulo Gallegos y el argentino Francisco Romero, y con otros destacados intelectuales de diferentes países como John Dos Passos, Guillermo de Torre, Mauricio Magdaleno y Rogelio Sinán. A través de un largo artículo publicado poco después en la revista *Bohemia* Roa hizo un minucioso recuento del congreso, que a su entender constituyó “la más clara y firme respuesta del pensamiento democrático americano a las focas amaestradas del Kremlin, a los papagayos de alquiler del macartismo y a los zorros evadidos de la neutralidad de la cultura”. En particular subrayó la repulsa general que recibieron Trujillo, Pérez Jiménez, Fulgencio Batista y otros dictadores hispanoamericanos y el acuerdo común de que a toda costa debe defenderse la libertad de prensa y de opinión.

Una vez terminado este encuentro, Julián Gorkin y Salvador de Madariaga se trasladaron a la capital cubana junto con el escritor ecuatoriano Benjamín Carrión para llevar a cabo la inauguración oficial de la sede de la Asociación Cubana y darle un mayor impulso a ésta. Con ese último objetivo aquellos escritores impartieron sendas conferencias en el Anfiteatro de la Universidad de La Habana ante la presidencia del Rector, Clemente Inclán, y la presencia del Decano de la Facultad de Ciencias

Sociales y Derecho Público, Raúl Roa. Como podrá imaginarse, aquella entidad comenzó por aquel tiempo a desarrollar una campaña proselitista entre los profesores y alumnos de la universidad habanera.

En diciembre de 1956, de acuerdo con una noticia aparecida en el diario *Información* el día 16, se llevó a cabo un reordenamiento de la directiva de la Asociación, cuya Mesa Ejecutiva quedó constituida de la siguiente forma: presidente, José Manuel Cortina; vicepresidente, Mañach; segundo vicepresidente, Pastor del Río; secretario de actas, Pedro Vicente Aja y delegado-tesorero, Mario Llerena. A continuación aparecían los integrantes del Consejo de Gobierno, entre los que estuvieron Leví Marrero, Raúl Roa, Calixto Masó, Anita Arroyo, el periodista de *Bohemia* Enrique de la Osa, los poetas y periodistas Luis Amado-Blanco, José Z. Tallet y Andrés Núñez Olano, Raúl Roa Kourí, hijo del profesor Raúl Roa García, Jorge Quintana, Decano del Colegio de Periodistas de La Habana, Rosario Rexach, Ernesto Ardura, el novelista e historiador Luis A. de Arce y Raimundo Lazo.

Todo parecía indicar que el apéndice cubano del Congreso... iba a comenzar a dar pasos de forma más segura, con mayor incidencia en el panorama cultural de nuestro país, y así atraer a un mayor número de intelectuales y artistas. Aquel empuje inicial quedó también en apariencia demostrado cuando pocos días después, el 21 de diciembre de 1956, se efectuó en un local situado en la calle Zulueta Nro. 208, altos, la inauguración de una importante exposición de pintura y escultura gracias al auspicio de la Asociación Cubana del Congreso, en lo que constituyó su primer acto cultural público.

En realidad aquella muestra, que incluyó cuadros de valiosos artistas como Víctor Manuel, Marcelo Pogolotti, Raúl Martínez, Guido Llinás, los hermanos Antonio y Manuel Vidal, Juan Tapia Ruano y Miguel Collazo, así como piezas escultóricas de Thelvia Marín, Enrique Moret, José Antonio Díaz Peláez y Tomás Oliva, constituyó una manifestación de rebeldía en contra del Octavo Salón Nacional de Pintura y Escultura, de carácter oficial, convocado por el Instituto Nacional de

Cultura del Ministerio de Educación del régimen batistiano e inaugurado días antes, el 28 de noviembre, en el recién construido Palacio de Bellas Artes. En esta exposición tomaron parte otros artistas dignos igualmente de todo respeto, como René Portocarrero, Carlos Enríquez, Eduardo Abela, Mariano Rodríguez, Amelia Peláez, Teodoro Ramos Blanco, Servando Cabrera Moreno, Carmelo González, Domingo Ravenet, Rita Longa, Florencio Gelabert y Agustín Cárdenas, quienes, según parece, no consideraban esa participación un gesto colaboracionista con el movimiento cultural que promovía la dictadura. Como resultado de esas posiciones antitéticas ocurrió una polarización y cierta ruptura en el mundo de los creadores plásticos cubanos y unos fueron tachados de oficialistas y otros de conflictivos.

El llamado Antisalón, que tuvo como sede un local situado, de forma provocadora, a un costado del Palacio de Bellas Artes y a cien metros del Palacio Presidencial, tuvo como principal organizador al joven pintor Manuel Couceiro, quien ya entonces pertenecía al clandestino Movimiento 26 de Julio y tomaba parte en actividades revolucionarias. Fue denominado también la Exposición de la Acera de Enfrente y poseyó un evidente carácter contestatario. Quizás por ese espíritu liberal y disidente disfrutó del auspicio de la Asociación Cubana del Congreso y contó con las palabras de apertura, en nombre de esa entidad, del profesor Luis A. Baralt, quien tuvo a su lado en el acto a Roa García. En su intervención, que fue reproducida por *El Mundo* el 30 de diciembre, declaró significativamente:

“Con entusiasmo, pues, e íntima satisfacción damos nuestro respaldo a este grupo de pintores y escultores que por diversos motivos, cuidadosamente calibrados y comprendidos por nosotros, no han querido concurrir al actual Salón Anual de Pintura y Escultura que en estos días se celebra. No estamos nosotros aquí para explicar esos motivos, ni mucho menos para censurar a los artistas cubanos que han seguido una línea de conducta distinta, entre los cuales se encuentran indiscutibles valores de nuestro medio artístico. (...) Pero sí hemos querido dar la mano a estos otros, a los que han resuelto en

la negativa un general escrúpulo y propiciarles esta oportunidad de decir su palabra de artistas, lo que no pueden ni deben hacer de otra manera que enfrentándose con el público, que aquí tendrán acaso menos numeroso, pero de seguro tan apreciador como el que contempla las obras de sus compañeros del otro lado de la calle.”

El Antisalón no encontró en la prensa el eco que hubiera deseado y por lo general los principales diarios se limitaron a anunciar a través de una breve nota la apertura de esa exposición. La coyuntura política, signada por la tiranía de Batista, hacía riesgosa toda manifestación de desacuerdo con el orden oficial establecido. No obstante esa frialdad, los dirigentes de la Asociación mantuvieron en alto su entusiasmo y semanas más tarde auspiciaron la realización en los salones del Lyceum y Lawn Tennis Club de una exposición-homenaje al pintor Jorge Arche, fallecido meses atrás. En esta oportunidad la profesora de Historia del Arte de la Universidad de La Habana, Rosario Novoa, tuvo a su cargo el discurso de presentación y entre los numerosos asistentes al acto inaugural, celebrado el 28 de enero de 1957, también estuvieron Roa y Baralt. A pesar del complejo ambiente político imperante la Asociación Cubana del Congreso había logrado realizar dos importantes exposiciones de pintura en igual número de meses.

Más aquella situación nacional, lejos de resolverse de modo favorable, se tornó más explosiva aún como consecuencia del incremento de la represión gubernamental y de las acciones revolucionarias de los opositores. Se creó así un clima difícil para el desenvolvimiento normal de la cultura y, de modo más amplio, de la vida ciudadana. En marzo de 1957 el asalto al Palacio Presidencial con el objetivo de descabezar al régimen desencadenó una ola mayor de medidas coercitivas que incluyó la clausura de la Universidad de La Habana. Ante ese estado general de violencia no pocos intelectuales y artistas cubanos, entre ellos Jorge Mañach y Raimundo Lazo, se vieron obligados a marchar al exilio o prefirieron retirarse a la vida privada. La filial cubana del Congreso no desapareció, pero entró en una etapa de silencio.



Jorge Mañach

La censura periodística se hizo a partir de entonces más intensa y no sólo comenzó a aplicarse sobre las publicaciones nacionales, sino también sobre las extranjeras que entraban en el país. Hasta entonces había circulado sin mayor novedad la revista *Cuadernos...* y era factible adquirirla en las principales librerías habaneras. Mas la aparición en su número 30, correspondiente al período mayo-junio de 1958, del texto de Jorge Mañach “El drama de Cuba” desencadenó la furia del régimen. Constituyó ese artículo una sólida y bien argumentada denuncia contra la dictadura de Batista. Ya su inicio resultaba lapidario: “Desde hace seis años, Cuba es una de las llagas de América”, definición que involucraba además a otras tiranías del continente. A lo largo de su diáfana exposición, el autor condenó la brutalidad y la esencia ilegal y antidemocrática de aquel gobierno, expuso los crímenes más indignantes cometidos por el mismo, entre ellos el del senador opositor Pelayo Cuervo y el de los revolucionarios asilados en la Embajada de Haití, censuró el apoyo de Estados Unidos a Batista y, en general, a las satrapías latinoamericanas y fustigó las zalamerías dedicadas al déspota cubano por el Embajador de Washington en La Habana, Arthur

Gardner. De igual modo, rechazó cualquier componenda electoralista ante la aguda crisis política cubana y depositó sus esperanzas en el movimiento revolucionario armado que encabezaba en la Sierra Maestra “la figura juvenil y audaz de Fidel Castro”. En sintonía con los criterios que prevalecían entonces en nuestro país, al margen del agresivo discurso oficial, Mañach afirmó: “En su pensamiento doctrinal, Castro dista mucho de ser “comunista”, como afirma sistemáticamente el Gobierno. Al igual que casi todos los jóvenes de su generación, profesa un izquierdismo de signo democrático: sus manifiestos no autorizan a pensar otra cosa. Se asegura, además, que es católico, y ciertamente no le faltan simpatías de elementos de la Iglesia, uno de cuyos sacerdotes actúa de capellán en sus fuerzas. Algunas de sus tesis son de matiz socializante, como la relativa a la nacionalización de los servicios públicos.”

Ese escrito de Mañach fue el detonante para que *Cuadernos...* sufriera también la represalia del régimen. Así se encargó de denunciarlo la revista en su número 33. Bajo el título “Las dictaduras contra *Cuadernos*”, después de comentar la prohibición que sufría en Venezuela, víctima de la satrapía de Pérez Jiménez, afirmó: “La publicación de “El drama de Cuba”, de Jorge Mañach, hizo que Fulgencio Batista ordenara la confiscación del número 30. Sabido es que la dictadura franquista ha adoptado toda suerte de medidas para que *Cuadernos* no pueda circular en España.”

Mas ya en aquellos días finales de 1958 la dictadura batistiana tenía sus días contados. Gracias al empuje de las fuerzas revolucionarias el régimen se derrumbó en la alborada del año 1959. Su derrocamiento vergonzoso recibió el saludo entusiasta del Congreso por la Libertad de la Cultura. Así quedó estampado en la siguiente nota publicada en el número 35 de *Cuadernos...*: “En representación de la Asociación Cubana por la Libertad de la Cultura, que debido a la situación que atravesó el país ha permanecido en receso durante año y medio, los profesores y publicistas cubanos Raúl Roa y Pedro Vicente Aja han hecho público un escrito de adhesión a Fidel Castro y

al doctor Manuel Urrutia, jefes de la Nueva Cuba, por su triunfo y el de las libertades culturales y los derechos humanos. La Secretaría Internacional y *Cuadernos* han enviado un cable en el mismo sentido, haciéndola extensiva al doctor Roberto Agramonte, nuevo ministro de Estado. Otro tanto han hecho los Comités de Argentina, Chile, Brasil, México y varios más.”

Al calor de aquel entusiasmo colectivo, de la desaparición del clima de terror impuesto por el batistato y del restablecimiento de un ambiente nacional favorable al desarrollo de la cultura, en 1959, llamado Año de la Libertad, renanudó sus funciones la Asociación Cubana del Congreso por la Libertad de la Cultura. Los integrantes de la misma que se habían vinculado a la dictadura derrocada, como Cortina, César Salaya, Pastor del Río y Francisco Ichaso, quedaron a un lado de la entidad. Una nueva directiva se creó, ahora con el nombre de Comité. Esta fue la composición de su Consejo de Gobierno, de acuerdo con la nota informativa que apareció en el número de julio-agosto de *Cuadernos*: Jorge Mañach, Presidente; Raúl Roa, Primer Vice-Presidente; el profesor de Filosofía del Derecho de la Universidad Católica de Santo Tomás de Villanueva Miguel F. Márquez de la Cerra, Segundo Vice-Presidente; el pensador Rafael García Bárcena, Tercer Vice-Presidente; Pedro Vicente Aja, Secretario General; el ensayista y periodista Luis Aguilar León, Vice-Secretario y como Vocales Calixto Masó, Leví Marrero, los historiadores César García Pons y Leopoldo Horrego Estuch, el periodista Andrés Valdespino, Anita Arroyo, Mario Llerena, Rosario Rexach, Luis A. Baralt, Luis Amado-Blanco, Jorge Quintana, el activista católico Ángel del Cerro, el ensayista y profesor José Ignacio Rasco, el filósofo Humberto Piñera Llera, el psiquiatra y ex-Presidente del Colegio Médico Nacional José Ángel Bustamante, José Z. Tallet, el redactor de *Prensa Libre* Néstor Suárez Feliú, Ernesto Ardura, el ensayista y Sub-Director del diario *El Mundo* Jorge L. Martí, Salvador Bueno y el joven narrador Lisandro Otero.

Otros acontecimientos se sumaban a lo que ahora sí parecía anunciar el despegue definitivo de dicha asociación. Sus integrantes ya no podían ser tacha-

dos de estar en contubernio con dictadura alguna y, por el contrario, además de tomar parte activa en el panorama cultural del país eran llamados a ocupar cargos oficiales importantes. Así, por ejemplo, Raúl Roa, Rafael García Bárcena, Luis Amado-Blanco y Leví Marrero ingresaron en el Ministerio de Estado (Relaciones Exteriores) para desempeñar puestos de elevada responsabilidad, Lisandro Otero asumió la Dirección General de la Municipalidad de La Habana y Andrés Valdespino fue designado Sub-Secretario de Hacienda. Promociones como estas fueron aplaudidas por el Congreso en notas oficiales que vieron la luz en su órgano de divulgación.

En aquellos días la filial cubana del Congreso organizó la realización en el Lyceum y Lawn Tennis Club de un ciclo de conferencias bajo el título “Concepto y extensión de la libertad”. Se encargarían de abordar distintas aristas relacionadas con esta problemática los expositores Rosario Rexach, Miguel F. Márquez de la Cerra, Andrés Valdespino y Jorge L. Martí, entre otros. Desconocemos si finalmente ese curso se llegó a ofrecer, ya fuese de modo total o parcial, pero sí podemos aseverar que ante el proceso de radicalización del movimiento revolucionario, la nacionalización de propiedades y el enfrentamiento entre Cuba y Estados Unidos la mayor parte de los integrantes de esta entidad, intelectuales que sustentaban posiciones muy distantes de la filosofía marxista, se marcharon del país como desafectos del gobierno. En el período comprendido entre los meses finales de 1959 y el año 1960 partieron definitivamente al extranjero Mañach, Luis Aguilar León, Calixto Masó, Baralt, Leví Marrero, Humberto Piñera Llera, Jorge Luis Martí, Jorge Quintana, César García Pons, Rosario Rexach, Mario Llerena, Andrés Valdespino y José Ignacio Rasco. Por el contrario, mantuvieron su respaldo al gobierno revolucionario Raúl Roa, Rafael García Bárcena, Tallet, Amado-Blanco, Salvador Bueno, José Ángel Bustamante, Lisandro Otero y alguno más.

De esa forma, con el éxodo de unos y la identificación de otros con un gobierno que tras un rápido proceso de radicalización ideológica se proclamó en abril de 1961 socialista, quedó liqui-

dada aquella organización cultural, que si bien no logró nunca cuajar ni incidir de modo notable en nuestro medio y tuvo durante su precaria existencia un carácter marcadamente elitista, merece ser estudiada por constituir la página cubana de un proyecto mundial que sí desempeñó un papel importante durante la etapa comprendida por la Guerra Fría, levantó airadas polémicas en el plano intelectual y político y aún hoy es motivo de análisis y de discusión. No debemos pasar por alto que estuvieron vinculados al Congreso por la Libertad de la Cultura intelectuales de renombre universal y, ya en el espacio cubano, figuras notables de nuestras letras. La incorporación de algunas de estas personalidades a la misma sin lugar a dudas obedeció al deseo de convertirla en una tribuna de combate contra el movimiento comunista cubano. Ese deseo posiblemente estuvo en el ánimo de Andrés Valdespino, Jorge Luis Martí y Néstor Suárez Feliú, quienes a través de la prensa habanera mantenían un sostenido discurso anticomunista que abarcaba a la Unión Soviética y a los que eran considerados “países satélites”, a los militantes del Partido Socialista Popular y a la filosofía marxista. En cambio somos del criterio de que otros intelectuales y artistas se afiliaron a esta entidad atraídos por sus principios liberales, por el respaldo que sostenía a las sociedades democráticas y por el rechazo que manifestaba hacia los regímenes dictatoriales, entre ellos el de Batista.

Al igual que la Academia de la Historia de Cuba, el Colegio Nacional de Bibliotecarios Universitarios y la Academia Nacional de Artes y Letras, la Asociación Cubana del Congreso por la Libertad de la Cultura cesó de funcionar en 1960. A diferencia de las instituciones anteriores, no llegó a ser registrada oficialmente, no contó con un órgano propio de divulgación y no dejó una huella notable en la cultura cubana. A pesar de esas limitaciones representa un episodio de nuestra historia cultural que debe ser conocido.

